



¿Mal humor social o crisis de expectativas?

Política Nacional, 04/05/2016

De “no gobernar” con las encuestas a “ignorarlas” hay un gran trecho. Hace ya muchos meses empezamos a hablar del contraste entre los datos que ofrecen las encuestas de confianza del productor y del consumidor.

La perspectiva del consumidor es de corto plazo, inmediata y responde a las necesidades diarias básicas de subsistencia; la perspectiva del productor es, en cambio, de largo plazo, de expectativas y ahí tenemos serias discrepancias.

Han pasado meses desde que se advierte esa divergencia y ésta no sólo se mantiene sino que se amplía. Se trata de un fenómeno esencialmente de percepción, “crisis de expectativas”, dicen los economistas más avezados. Sin embargo, si persiste se va a convertir en realidad y la gente dejará de consumir y los empresarios de invertir.

Hoy tenemos un mal humor social que nubla la perspectiva global pero que puede cambiar si se conecta nuestra perspectiva individual. Para hacer ese giro, es bueno reconocer que existe este mal humor pero sería mejor hacer lo necesario para que cambie; sin embargo, como país, o no lo hemos hecho o no queremos hacerlo y ese es el gran reto de la administración de Peña Nieto en lo que queda de sexenio.

Como un ejemplo de lo que digo, vayamos a lo que sucede con las elecciones primarias en Estados Unidos. No dejan de sorprenderme dos cosas. Primero, que ningún medio, experto, analista o politólogo haya presagiado el éxito de la campaña demócrata de Bernie Sanders, o de la republicana de Donald Trump.

Segundo, que los propios partidos políticos hayan estado tan desconectados de las evidentes frustraciones y enojos que ahora manifiesta el electorado. Estando en la recta final del proceso, unos y otros siguen dando palos de ciego tratando de entender qué pasa.

Me pregunto si en México estamos viviendo un fenómeno análogo. Gobierno y partidos políticos parecen poco enterados del hartazgo de la población sobre temas de corrupción, impunidad, abuso de poder e inseguridad. La administración peñista sigue pensando que basta con sólo controlar a los medios de información para que terribles acontecimientos cotidianos no impacten lo político. Parecen creer que un poco de maquillaje arregla todo. Los medios se mueven con cautela tratando de hablar de lo que pasa, para que no se diga que lo omiten, pero cuidando no hacerlo la noticia del día.

Estando apenas en su cuarto año de gobierno, esta administración no puede permitirse el desmoronamiento de un estado importante como Veracruz, víctima del pésimo manejo económico, de la flagrante corrupción del gobierno de Duarte y de la brutal impunidad que gozan sus allegados.

El Estado mexicano no puede volverse comparsa de exgobernadores que devastaron a su estado, como es el caso de Moreira, cuando la Procuradora General de Justicia y la Canciller mueven cielo mar y tierra para evitar que sea procesado en España.

La clase política mexicana no está midiendo bien el nivel de hartazgo de la población. El Senado no puede ignorar una Ley Anticorrupción después de que 634 mil mexicanos firmaron exigiendo que la Ley Tres de Tres sea considerada. El procedimiento para presentar esa petición fue ejemplo de participación ciudadana y cultura cívica.

Después de dos administraciones panistas, un argumento por el cual muchos votantes optaron por el PRI se debía a su mejor

manejo político. Éste ha brillado por su ausencia. Independientemente de lo que uno crea sobre la matanza de Ayotzinapa, la actitud del gobierno ante la investigación del Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes es de llamar la atención. Parecieran asumir que mientras menos caso haga, más rápido saldrá esta noticia de las primeras planas. Pero ese no es el problema. Por mucho que se controle a los medios dentro de las fronteras, los medios internacionales infieren que esa actitud refleja culpa, que las acusaciones de tortura a manos de la policía son un esfuerzo desesperado por ocultar una verdad tremenda. Son actitudes que lejos de reflejar a un Estado moderno, fuerte y pujante que busca insertarse en el mundo desarrollado, corresponden a un gobierno autoritario que se esconde en un sistema legal débil que oculta culpas y otorga impunidad.

No olvidemos que la corrupción e impunidad se reflejan en baja inversión, poco crecimiento, más pobreza, más desigualdad, más violencia. No es casual que el Estado de Veracruz, rico en recursos, sea el cuarto estado que menos ha crecido en el país, sólo por encima de Tabasco y Campeche, fuertemente afectados por su dependencia a Pemex y Chiapas (estado no en manos priistas) que también es un desastre. En los últimos tres años, Chiapas muestra una tasa anual promedio de crecimiento de -0.6% (mientras la nacional es de +2.1%). Los estados que más crecen (Querétaro, Aguascalientes y Guanajuato) se han beneficiado de recibir enorme inversión extranjera, que difícilmente iría a estados tan evidentemente disfuncionales.

A dos años de 2018, es imposible pronosticar cómo se reflejará el creciente hartazgo de la población en las urnas. Por lo pronto, sabemos que, en el mejor de los casos, el estancamiento económico internacional no ayudará a que lleguemos a ese momento en un entorno de alto crecimiento.

El PRI se está confiando al pensar que les bastará con el voto duro (más Partido Verde y Nueva Alianza) para quedarse en Los Pinos. Si persisten en la misma negación de la realidad, se podrían llevar una sorpresa similar al constatar que, como en Estados Unidos, las dinámicas electorales ya cambiaron.

De “no gobernar” con las encuestas a “ignorarlas” hay un gran trecho. Hace ya muchos meses empezamos a hablar del contraste entre los datos que ofrecen la perspectiva de corto plazo de los ciudadanos y la de los empresarios. Es bueno reconocer que existe mal humor social pero sería mejor hacer lo necesario para que cambie.

@leon_alvarez